

## RECENSIONES

BALL, M. Margaret: *N. A. T. O. and the European Union Movement*, bajo los auspicios del «London Institute of World Affairs», Londres, Stevens & Sons Limited, 1959, XI + 486 págs.

“Las Organizaciones regionales que, desde el final de la segunda guerra mundial, han entrado en acción en Europa son esencialmente un producto de la situación post-bélica. Junto con la Organización del Tratado del Atlántico Norte, ellas representan una respuesta a dos tipos de desafío: el desafío de los niveles de vida en baja y el desafío de la supervivencia en un medio ambiente potencialmente hostil.” Así se nos asegura en el inicio de la obra que registramos en esta sección.

Ahora bien; como afirma Margaret Ball, en 1958 la Europa Occidental y sus asociados atlánticos no han conseguido aún una completa Unión Atlántica o una forma generalmente aceptable de asociación europea en la que todos los miembros potenciales se sientan capaces de participar.

Bajo la sombra de esa dialéctica, el libro comentado aquí enfoca los *problemas atlántico-europeos*, con la siguiente perspectiva: los pasos de la integración occidental, con sus altibajos; evolución y actividades—militares y no-militares—de la O. T. A. N.; desarrollo del Consejo de Europa; acción de la O. E. C. E. y del Benelux; singularidades de la Europa de los Seis (C. E. C. A.; C. E. E., y C. E. A.); y particularidades de la Europa de los Siete (Unión Europea Occidental).

Desde luego, hemos de contar—como hace Margaret Ball—con que la Alianza Atlántica ha evolucionado, lo mismo en funciones que en organización (pág. 31). Ciertamente, Mas hemos de tener presente otra evidencia: en su marcha, la O. T. A. N. se ha tenido que enfrentar con una serie de

problemas de *actitudes nacionales* y de *diferentes capacidades económicas*.

No se descubre nada con decir que dentro de la N. A. T. O. se han generado tensiones. Y, en este punto, reconocemos el acierto de la interrogación inserta en el volumen reseñado: ¿mejoraría la situación promoviendo una unificación de los miembros europeos de la Alianza, en una forma u otra? A ella intentan responder varios capítulos referentes a las distintas facetas de la integración europea. ¡Lucido tema, en verdad!

Margaret Ball muestra los rasgos positivos y negativos del movimiento hacia la integración de Europa, en sus variados perfiles: mantenimiento del ideal de la unidad europea (el Consejo de Europa: vid., concretamente, las págs. 215-216); *cooperación económica* (O. E. C. E.); una muestra de *integración económica* (Benelux); esfuerzos comunitarios (C. E. C. A.; C. E. E., y C. E. A.); la modesta acción de la Europa de los Siete (nótese cómo en el control de ciertos tipos de armamento y en la promoción de la *standardización* del armamento la U. E. O. casi opera como un núcleo subsidiario de la N. A. T. O.; pág. 376).

\* \* \*

Así, pues, el proceso de maduración de la O. T. A. N., a partir de 1949, ha sido paralelo al desarrollo de una serie de instituciones *típicamente europeas*. Con ello, se ha asistido a dos diferentes tendencias en las políticas exteriores de la región implicada: una hacia la Federación Europea

## RECENSIONES

y otra hacia la Comunidad Atlántica, con inclusión de los miembros norteamericanos de la O. T. A. N.

En resumen, el libro estudia—a través de los puntos mencionados más arriba—la evolución y el desenvolvimiento de esas dos tendencias. Recuerda su origen, enumera los fines, define las estructuras y expone los problemas y manifestaciones.

Y, tras todo ese fondo, llega la pregunta-clave, concretada en tres interrogantes: ¿Comunidad Europea? ¿Comunidad Atlántica? ¿Ambas?

Margaret Ball resalta las dudas europeas respecto a la gran Potencia estadounidense (vid., por ejemplo, pág. 404). Es en el último capítulo en donde se analizan las reticencias manifestadas, por los Estados, en el seno de la O. T. A. N., formulando hipótesis sobre sus efectos probables.

\* \* \*

Lo evidente es el deseo de crear unas saludables relaciones dentro de la trabazón de la N. A. T. O. ¿Cabe alcanzar tal meta por medio de una "especie de Unión Europea" que pueda dar a los miembros europeos de la O. T. A. N.—o a algunos de ellos—una posibilidad de presentar sus posturas con mayor efectividad? Muchos europeos lo creen así. Pero, *aun con todo*, la cuestión queda en pie: en tal eventualidad, ¿qué Europa?

Se impone el asunto de la *racionalización de las instituciones europeas*. Ella simplificaría la formación de la política y reduciría costos. Pero la racionalización no es tan fácil como puede parecer a simple vista. Primeramente, tenemos las diferencias en la pertenencia a unas y otras Organizaciones. Después, las diferencias en la estructura básica de ellas, las diferencias en la actitud hacia la Unión Europea y—la más importante, para Margaret Ball—las indudables diferencias en la orientación política de los miembros de algunas de esas Organizaciones (Cons., págs. 406-407).

Margaret Ball no niega la realidad de la Comunidad Atlántica, Comunidad en el sentido de un grupo de naciones, muchas de las cuales tienen valores comunes, tradiciones comunes y un común interés en la preservación del sistema democrático de vida. Pero, parejamente, no niega la realidad del movimiento en pro de la unidad europea, por diferentes que sean los sentimientos que los países europeos puedan

tener sobre las formas de organización y el ritmo del desenvolvimiento. Las dos Comunidades no se excluyen mutuamente (vid. página 426). Esta actitud general era afirmada transparentemente en el Informe del *Comité de los Tres*, de la N. A. T. O., en diciembre de 1956: "La evolución de la Comunidad atlántica por intermedio de la O. T. A. N. no debe impedir a los países miembros el estrechar más sus relaciones, por ejemplo, en el cuadro de grupos de países europeos. Cooperación atlántica y unidad europea no son conceptos concurrentes o antagónicos, y ellas deberían constituir realizaciones paralelas y complementarias" (vid. el párr. 40 de tal Informe).

\* \* \*

El volumen recensionado constituye el fruto de un trabajo loable por todos conceptos. La autora lleva años dedicados a la interpretación de los asuntos internacionales. Alguno de sus estudios—así el del *Bloc Voting*—ha marcado un rumbo en una parcela del enfoque de las cuestiones internacionales. Hoy, es docente de Ciencia Política en el *Wellesley College*. Un testimonio apreciable de la labor realizada en esta obra es la presentación de las notas a pie de página. Ello revela la utilización de la documentación. Una bibliografía de una treintena de páginas señala rutas adicionales al preocupado por esta clase de temas. Mentemos, además, el índice y los gráficos.

\* \* \*

En resumidas cuentas, lo que se ventila es el problema de la *comprensión atlántica*. ¡Trascendental tema!

No es la primera vez que nos hemos referido a tal asunto. (Vid., como muestra, nuestro trabajo *Sociedad y cultura estadounidenses y comprensión atlántica*, "Universidad", Zaragoza, números 1-2 de 1956; y nuestra recensión aparecida en el número 11 de "Atlántico".) Hasta cierto punto, cuestión de civilización. Pero en un cierto sentido. Nos explicaremos. No se trata del extremo *¿la civilización americana es distinta de la de Europa?* Observe el lector que la Revista "Western World" ha querido abordar de frente tal tema como "uno de los problemas-clave del mundo occidental" (en el número de diciembre de 1958). Para Arnold Toynbee, "los americanos ja-

## RECENSIONES

más han dejado de ser ciudadanos del Occidente". El historiador inglés ve a los Estados Unidos como "una parte de una Comunidad más vasta: la de los pueblos occidentales". Max Lerner—profesor de Civilización americana en la *Brandeis University* (Massachusetts)—, en su reciente obra *America as a Civilization*, sostiene que realmente existe el tipo de civilización estadounidense, única en su género: "Estos americanos han creado... algo que les es peculiar, que no es ni un reflejo ni una corrupción de lo europeo..."

Pero, sea lo que sea, para el objeto de la presente reseña, el resultado de tales interrogantes es indiferente. Efectivamente. Afirmar que los Estados Unidos son una civilización de carácter único no disminuye en nada ni la necesidad de una acción común de la Alianza Atlántica, ni las razones—las profundas razones—de esta Alianza. Cualesquiera que puedan ser, en materia de civilización, las diferencias de carácter y de estilo, los intereses de una parte y de otra del Atlántico son comunes, en su conjunto. (Cons. Max Lerner, *C'est une civilisation à part*, "Occident", Bruselas, diciembre 1958, págs. 34-39).

Lo real es que el punto *Europa-Atlántico* genera valiosas estimaciones. Ahí tenemos

el libro de B. T. Moore, *NATO and the Future of Europe*, publicado en el pasado año en Nueva York, bajo el patrocinio del benemérito *Council on Foreign Relations* (263 páginas). En todo caso, lo que se encuentra detrás de todo ese cúmulo de apreciaciones es el futuro de la civilización del Occidente. Recordemos cómo Robert Strausz-Hupé ha sostenido, en *The Zone of Indifference*, que nuestro siglo representa "el fin de la era europea" y que sólo los Estados Unidos pueden "ayudar a Europa a resurgir de las ruinas de su antigua potencia y crear una alianza occidental echando las bases políticas y militares para una nueva y más vasta estructura: la Comunidad occidental». Bien.

Pero no se olvide, asimismo, que el panorama es todavía incierto, flúido, sin delinear nítidamente.

Tal vez, tal vez tenga toda la razón Strausz-Hupé cuando hace un llamamiento al sentido de responsabilidad. "La última página del libro de la Historia todavía está en blanco." En ella ha de escribir el Occidente su decisión. Si no lo hace, otros lo harán—ciertamente—por él... ¡Inquietante y, a la vez, esperanzadora advertencia!

LEANDRO RUBIO GARCIA

